

*Nos vamos haciendo cual hierba  
en cada primavera: viene a brotar,  
viene a estar verde nuestro corazón,  
es una flor nuestro cuerpo,  
abre unas cuantas corolas:  
entonces se marchita.»  
Así solía decir Tochihuitzin<sup>24</sup>.*

No se pretende en este breve estudio comentar a fondo la poesía náhuatl; sólo señalar sumariamente algunos de sus caracteres, en que llama la atención su coincidencia con la poesía hispánica y europea. Cuando llegaron los españoles a Tenochtitlán, en 1519, encontraron un pueblo notablemente desarrollado en su organización social y política, en su ciencia y artes. No tenían alfabeto, pero sí tenían un sistema de enseñanza oral, por medio del cual transmitían de una generación a otra las composiciones de sus poetas y filósofos. Existía una tradición poética en un pueblo dotado de sensibilidad artística y creadora. Confluyen en la poesía mejicana dos corrientes estéticas y vitales, una de procedencia española y europea, otra que tiene su fuente en el mundo mejicano prehispánico. Ambas contribuyen a los valores universales de la poesía mejicana.—DONALD F. FOGELQUIST (*Dpt. of Spanish and Portuguese, Universidad de California. LOS ANGELES, CALIFORNIA 90024*).

## UN MATRIMONIO REACCIONARIO: LOS BÖHL DE FABER \*

Cualquier persona que se haya aproximado al estudio de ese movimiento artístico e ideológico conocido con el nombre de Romanticismo se habrá percatado de la ambigüedad que tal denominación encierra. Por lo que respecta al Romanticismo español, al menos, parece evidente hoy la necesidad de añadir a esa palabra un adjetivo que especifique a qué tipo de Romanticismo nos estamos refiriendo: la significación no unívoca del término resulta cada vez más clara. Es imposible alinear las figuras a las que está dedicado este estudio—Juan Nicolás Böhl de Faber y su esposa—con los representantes de un Romanticismo rebelde (políticamente situado en la izquierda del liberalismo decimonónico), como

<sup>24</sup> *Ibid.*, pág. 135.

\* GUILLERMO CARNERO: *Los orígenes del Romanticismo reaccionario español: el matrimonio Böhl de Faber*, Universidad de Valencia, 1978, 331 págs.

Espronceda y Larra. Incluso entre estas dos posiciones extremas—pero incluidas ambas bajo una misma denominación genérica—es fácil y aun conveniente distinguir otras intermedias, como, por ejemplo, el costumbrismo parcialmente romántico de un burgués bonachón y nostálgico, como Mesonero Romanos, o el tardío romanticismo histórico y conservador de un Zorrilla, entre otras muchas.

De ahí que en el título del libro de Carnero aparezca una matización muy importante y clarificadora, que probablemente hará fortuna: existe un «Romanticismo *reaccionario* español». El lector que ante tan sugestiva combinación se anime a leer este libro encontrará en él nuevos datos para comprender la España de los albores del XIX y quedará convencido de que la ofensiva ultraconservadora de Böhl y sus colegas en las primeras décadas del siglo es un capítulo más—aunque importante—de la historia del pensamiento reaccionario español.

Guillermo Carnero, con esta publicación de su tesis doctoral, descubre a quienes ya lo conocieran como poeta otro aspecto de su actividad de escritor: la del profesor universitario que sabe conciliar la investigación paciente en bibliotecas y archivos con una exposición amena y bien escrita de las conclusiones a que le ha llevado su tarea. Pasemos a dar cuenta del contenido de su obra.

En el prefacio se nos informa del objeto de la investigación: conocer en profundidad las figuras de Juan Nicolás Böhl de Faber y de su mujer, Francisca Ruiz de Larrea, su participación en la famosa polémica calderoniana de la segunda década del XIX y su aportación a esa corriente ya mencionada del romanticismo reaccionario. Aclaremos que en la delimitación del tema de su trabajo queda fuera la personalidad de la hija de ambos, aunque, obviamente, el lector interesado en la figura de Fernán Caballero encontrará aquí algunas de las claves de su conservadurismo, que respiró, sin duda, en el ambiente familiar. Se nos señalan además cuáles son las dos novedades más importantes que este libro aporta al ya lejano de Camille Pitollet<sup>1</sup>, a saber: la luz que arrojan numerosos documentos no tenidos en cuenta por el hispanista francés (especialmente los fondos del Archivo Böhl de Faber del Puerto de Santa María, propiedad hoy de don Antonio Osborne) y el entronque del pensamiento y la obra de Böhl y su esposa con el pensamiento reaccionario del que proceden.

Un extenso capítulo introductorio, en que se desarrolla la historia del tratamiento y atención concedidos a la polémica calderoniana, sirve a Carnero para plantear lo que podríamos llamar el estado de la cuestión. Se rastrean las huellas de esta polémica en un amplio espectro de

---

<sup>1</sup> *La querelle caldéronienne de Johan Nikolas Böhl von Faber et José Joaquín de Mora, reconstituée d'après les documents originaux*, París, Alcan, 1909.

tiempo que va desde los años mismos en que aquélla tuvo lugar hasta nuestros días, primero en los testimonios de los propios escritores románticos y postrománticos, y después en las obras de conjunto sobre la historia de la literatura, en general, o sobre los orígenes y desarrollo del Romanticismo, en particular. El balance de tan exhaustivo repaso es anticipado por el autor con estas palabras: «con poquísimas excepciones, la tradición historiográfica española ha ignorado, desde el mismo siglo XIX, este episodio fundamental en la introducción en España del movimiento romántico, sin el que no es posible entender la significación ideológica que, mayoritariamente, tuvo en nuestro país el Romanticismo» (pág. 19).

Una temprana referencia de Blanco White, en 1814, a las dificultades que tuvo con la censura un panfleto de doña Francisca Larrea titulado *Fernando en Zaragoza. Una visión*, sirve al lector de primera toma de contacto con la agresividad ideológica del matrimonio, pues Carnero reproduce íntegro el curioso folleto, cuyas ideas veremos reaparecer para ser esgrimidas durante el desarrollo de la polémica. En cuanto al exhaustivo recorrido por el siglo XIX—a la búsqueda de ecos de la misma—, destacaremos las diversas ocasiones en que Alcalá Galiano recordó su participación en ella, en el bando enfrentado a Böhl; su evolución ideológica posterior—acercamiento a la postura «romántica» de quien había sido su contrincante—, aunque le situaba en una posición incómoda, no le impidió señalar, ya en 1845, las implicaciones políticas de la actitud de Böhl, es decir, su defensa del drama calderoniano en cuanto reflejo de la organización sociopolítica de la España de los Austrias. En cuanto al tratamiento que Böhl y la polémica han tenido en nuestro siglo, aparte del libro de Pitollet, reconoce Carnero la importancia de las aportaciones de Alfonso Par, Hans Juretschke y Vicente Lloréns; de este último se citan unas palabras en verdad luminosas, sobre las que luego volveremos.

En conjunto, esta extensa introducción supone para el lector una adecuada primera aproximación al tema; no obstante, creemos que podría ser algo aligerada suprimiendo no esas digresiones—divertidas—en que se nos muestra la contribución del hispanista Pitollet (años después de su libro sobre Böhl) al panegírico del fascismo español o sus tirantes relaciones con don Marcelino Menéndez Pelayo, sino más bien el elevado número de referencias a obras que no se ocupan del tema de esta investigación o lo hacen de manera superficial repitiendo ideas consabidas desde que Alcalá Galiano relató su versión de la polémica.

El capítulo I está dedicado a trazar la biografía de Juan Nicolás Böhl (1770-1836) y de su mujer (1775-1838); para ello utiliza el autor abundantes fuentes documentales. Hay aspectos muy curiosos e incluso

sorprendentes: por ejemplo, el hecho de que Böhl recibiera durante su juventud una educación de talante liberal típica de una familia de comerciantes adinerados. ¿Qué le hizo cambiar luego de modo tan espectacular? Una respuesta, aunque sólo sea parcial, la encontramos, evidentemente, en el hecho de su conversión al catolicismo (1813): es bien conocida la propensión al fanatismo que tienen muchos neófitos. No obstante, hay resortes en la psicología de Böhl que aún no nos quedan claros: ¿cómo explicar, por ejemplo, tan obsesivo patriotismo (patrioterismo más bien) en un extranjero? También resulta curioso enterarse de que un matrimonio que tan unido se mostró, durante la polémica había estado a punto de romperse durante una larguísima temporada en que decidieron vivir cada uno en su país, o de que la exaltada gaditana terminó sus días con progresivos síntomas de demencia. A través de los diarios o las cartas vamos conociendo las convicciones ultraconservadoras de Böhl y de doña Francisca. Más difícil es probar su intervención concreta en actuaciones políticas relacionadas con esa postura. Como aportación más espectacular, Carnero consigue demostrar que Böhl era agente de la casa Rotschild en España; precisamente esta entidad financió el soborno de varios diputados y la intervención militar francesa que vino a poner fin al trienio liberal. No hay pruebas palpables de la participación de Böhl en el soborno, pero sí de que libró elevadísimas sumas de dinero destinadas al ejército francés. La lección que de todo ello se desprende no puede ser más amarga: «uno de los argumentos favoritos y recurrentes de Böhl durante la polémica calderoniana—comenta Carnero—era acusar a Mora de antipatriotismo; nótese desde ahora lo curioso que el argumento resulta en quien, pocos años más tarde, no tiene reparo en contribuir, y en algo básico, a la ocupación de su país por un ejército extranjero que viene a aplastar por la fuerza de las armas a un gobierno legítimamente constituido» (pág. 110).

El capítulo se cierra con unos breves apuntes biográficos de tres personajes que intervinieron junto a los Böhl en la polémica. El primero es José Vargas Ponce, figura que requeriría mayor atención, pues, a lo que se me alcanza, no fue ajeno a ciertas corrientes ilustradas del XVIII, y de hecho, como señala Carnero, su participación en *Donde las dan, las toman*—uno de los folletos aparecidos durante la polémica—, carece del significado ideológico ultraconservador que imprimen los Böhl a su defensa de Calderón<sup>2</sup>. Le sigue Juan Bautista Cavaleri Pazos, extravagante personaje, cuyo perfil queda muy bien trazado por Carnero. Por último, de Cristóbal Zulueta apenas se sabe nada: sólo que participó en

<sup>2</sup> En F. AGUILAR PIÑAL: *Bibliografía fundamental de la literatura española. Siglo XVIII*, Madrid, 1976, y en la «Bibliografía dieciochista hispánica» que publica el *Boletín del Centro de Estudios del siglo XVIII* (núms. 583 y 2.294 de la «Bibliografía») puede encontrarse más información bibliográfica sobre Vargas Ponce.

la polémica con un par de folletos, aunque en realidad nunca militó junto a Böhl—ni junto a Mora—, sino que fue más bien un tercero en discordia.

Complementario del anterior es un breve capítulo en que Carnero se ocupa de las producciones del matrimonio Böhl al margen de la polémica calderoniana. Los textos de doña Francisca, manuscritos por lo general, descubren—en su tratamiento del paisaje, en su palpable sentimentalismo—una sensibilidad que podemos considerar, aunque con reservas, romántica. En cuanto a su esposo, también exhuma Carnero algunos escritos dispersos, que junto con los frutos impresos de su actividad de investigador y bibliófilo (la *Floresta de rimas antiguas castellanas* y el *Teatro español anterior a Lope de Vega*) constituyen la totalidad de su producción no directamente doctrinaria o polémica.

Llegamos así al capítulo central y más extenso del libro de Guillermo Carnero, el titulado «La polémica en sus documentos». El desarrollo de la misma aparece dividido en dos etapas. En la primera se consideran los prolegómenos de la contienda a través de varios textos del matrimonio, muy similares en tema y actitud a los que luego esgrimirán. Pero el enfrentamiento aún no ha surgido e incluso existen relaciones amistosas entre la pareja y José Joaquín de Mora, que será poco después su principal oponente. Relaciones que se enfriarán pronto en razón de la distancia ideológica que los separa; conviene advertir, no obstante, que la postura de Mora no es exactamente el extremo opuesto de la de Böhl o, por explicarlo con otras palabras, que no se trata de un revolucionario exaltado, sino más bien de un «monárquico constitucional moderado»; de hecho, sus argumentos durante la polémica nos recordarán la postura de los ilustrados del XVIII ante muy similares discusiones sobre el teatro. Tras aquellos prolegómenos, y dentro aún de lo que Carnero llama «primera etapa» de la polémica, se estudia el desencadenamiento de la misma a raíz de la publicación por Böhl de unas «Reflexiones de Schlegel sobre el teatro traducidas del alemán» (1814). La réplica de Mora y la inevitable contrarréplica—a la que se adhiere Vargas Ponce—cierran este primer asalto. Tras él, las armas manejadas habitualmente por Böhl ya nos resultan familiares: exaltación de la España bélica de la Reconquista y de los Austrias, definición del carácter español como «caballeresco» y religioso, condena total de la Ilustración y de sus consecuencias uniformadoras, etc....

Es imposible dar cuenta, siquiera sumariamente, de la enorme cantidad de escritos que recíprocamente se dirigen uno y otro bando durante la segunda etapa de la polémica, reiniciada por Böhl en 1817 y que ahora se convierte en una guerra entre dos publicaciones periódicas: de una parte, la *Crónica Científica y Literaria*, de Madrid, órgano de expre-

sión de Mora y Alcalá Galiano; de otra, el *Diario Mercantil*, de Cádiz, que acoge en sus páginas los artículos de Böhl e incluso, bajo seudónimo, los de doña Francisca. A ello se unen numerosos folletos de uno y otro bando, como el disparatado de Cavaleri (bajo el pomposo seudónimo de *Carpóforo de Barreda y Henao*), que Carnero reproduce íntegramente dada su extrema rareza. Señalemos que en los momentos culminantes de esta contienda (últimos meses de 1818), los ataques van subiendo de tono y se llega al insulto personal; tampoco deben pasar inadvertidas las constantes implicaciones políticas que conllevan los argumentos esgrimidos en un enfrentamiento que sólo aparentemente ventilaba cuestiones de estética literaria. Espiguemos, en fin, un dato significativo que la correspondencia epistolar de Böhl revela: sus continuos esfuerzos por conseguir que Schlegel interviniera en la polémica con una declaración a su favor no obtuvieron más respuesta que un despectivo silencio, bastante elocuente del concepto que debió formarse el teórico alemán sobre el radicalismo de su admirador, el *Germano Gaditano*. Las páginas finales de este apretado relato de la polémica están dedicadas al más importante documento de la misma, las *Vindicciones de Calderón y del teatro antiguo español contra los afrancesados en literatura* (1820), libro en el que Böhl, flamante académico, recopila todos sus escritos polémicos.

La aportación más original de Carnero podrá encontrarla el lector en el capítulo final («La polémica y la mitología reaccionaria de su época»), destinado a «plantear e intentar demostrar cómo el pensamiento de Böhl y de sus colaboradores hunde sus raíces en la corriente reaccionaria que surge en nuestro país como respuesta dictada por el inmovilismo contra todo aquello que pone en peligro la pervivencia del Antiguo Régimen, es decir: la Ilustración, la Revolución Francesa y las Cortes de Cádiz» (página 247). El autor no pierde de vista la situación política y socio-económica de España durante el sexenio absolutista, cuyos límites cronológicos (1814-20) coinciden exactamente con los de la polémica. Por otro lado, desarrolla sus tesis relacionándolas muy adecuadamente con los enfrentamientos que desde el reinado de Carlos III se habían venido produciendo entre ilustrados y reaccionarios, con lo que demuestra conocer estudios recientes sobre el XVIII (discrepa, por ejemplo, de François López, afirmando que las figuras de Forner y Capmany no están libres de reaccionarismo).

Guillermo Carnero estudia con detenimiento los aspectos fundamentales de la ideología del matrimonio Böhl de Faber, tal como se revela en la polémica, y cuyas constantes, rápidamente enumeradas, serían las siguientes: apología de Calderón como intérprete de las antiguas «virtudes» españolas (directamente relacionadas con el absolutismo monár-

quico) y de las que el país había dado buena muestra en la pasada guerra de la Independencia; defensa a ultranza del tópico reaccionario de que «el pueblo español es, por herencia histórica y por inquebrantable voluntad, católico y monárquico en el más extremo sentido» (pág. 278); galofobia obsesiva y antic cosmopolitismo; apropiación exclusivista del sentimiento patriótico; defensa de una «verdadera Ilustración» que regenere al país con el reconocimiento de sus peculiaridades y la vuelta a sus «antiguas virtudes»; oposición violenta a cualquier manifestación del liberalismo; identificación malévola, por fin, de las distintas modalidades de afrancesamiento (arma esta última extremadamente peligrosa, por cuanto echar en cara a Mora y Alcalá Galiano su afrancesamiento como neoclásicos suponía, tácitamente, denunciarlos como colaboracionistas ante las autoridades). Para demostrar su tesis, Carnero confronta repetidamente los textos de Böhl con muchos otros de los más conocidos representantes del pensamiento reaccionario de la época (segunda mitad del XVIII y primeras décadas del XIX): el padre Vélez, el filósofo Rancio, fray Diego de Cádiz, el padre Zeballos, etc., e incluso saca del olvido otros nombres que ni siquiera menciona Javier Herrero en su estudio sobre el tema<sup>3</sup>. Todo ello abre perspectivas nuevas a un campo de investigación que, a nuestro entender, está reclamando mayor atención, aun cuando obligue al estudioso a la penosa tarea de enfrentarse con algunas de las páginas más cargadas de odio y de intolerancia que se han escrito en nuestro país.

No podemos cerrar esta nota sin añadir algunas de las reflexiones a las que nos ha conducido el muy interesante estudio de Guillermo Carnero. En primer lugar, hay que señalar la nueva luz que arroja sobre los comienzos del Romanticismo en España. Ahora bien, sin restar plena validez a esta afirmación, y aun aceptando como correcta, en conjunto, la denominación «Romanticismo reaccionario», creemos que no sería descabellada la posibilidad de negarle a Böhl la condición de pensador *romántico*. Aparte de que concedérsela resulta un agravio para los verdaderamente románticos que hicieron tan positivas aportaciones a la cultura europea, aparte también de que así empezariamos a librar al Romanticismo de la pesada carga de su ambigüedad, hay otras razones de mayor peso. Aludíamos más arriba a unas interesantes palabras de Vicente Lloréns citadas por Carnero; en ellas, después de afirmar que Böhl tergiversó a su gusto el pensamiento de Schlegel, suprimiendo en su traducción todo lo referente a la pérdida de las libertades medievales, a la tiranía política de Felipe II o al poder eclesiástico (acusación lo

---

<sup>3</sup> *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, 1973 (2.ª ed.).

suficientemente grave como para que Carnero le hubiera dedicado mayor atención), escribe Lloréns que don Juan Nicolás «vino a identificar el Romanticismo con el tradicionalismo y la reacción política», y, sobre todo, añade estas palabras: «En el fondo, desconoció el valor del Romanticismo como expresión del mundo contemporáneo. Le interesa la crítica romántica como protesta contra la Ilustración, pero siente creciente indiferencia ante las creaciones románticas de su tiempo, las alemanas inclusive» (*apud*, pág. 61; la cita pertenece a *Liberales y románticos*). Añadamos el dato significativo de que uno de los aliados de Böhl, el estafalario Cavaleri, escribe un *Ensayo filosófico sobre el Romanticismo* que no es sino una sarta de furibundos ataques contra el mismo.

Ahí está, creemos, la clave de la cuestión. A raíz de la investigación de Carnero opinamos que ya no es del todo exacto afirmar que con la famosa polémica calderoniana saltó a la palestra por primera vez en España el Romanticismo. Vinculada más bien con las disputas político-teatrales del XVIII, dicha polémica surge de la renovada ofensiva que organizan—en un momento político especialmente apto para ello—ciertos representantes de la mentalidad más inmovilista e irracional, consternados ante el progresivo derrumbamiento del Antiguo Régimen o, como ellos decían, ante el avance imparable de una conspiración internacional contra el trono y el altar. No hay que extrañarse ya de la supuesta laguna existente entre las fechas de la polémica (1814-20) y el tardío comienzo real del Romanticismo literario en España (hacia 1834). Aquélla tuvo muchos más ingredientes políticos que literarios y las figuras que la suscitaron militaban, más que en las filas del Romanticismo, en las del reaccionarismo a ultranza.—PEDRO ALVAREZ DE MIRANDA (*Doctor Federico Rubio, 190. MADRID-20*).

## EL COSTUMBRISMO DE ANTONIO FLORES

La proliferación de estudios dedicados al costumbrismo español es en la actualidad una realidad palpable que todos los estudiosos del tema pueden observar. Los distintos planteamientos del tema costumbrista suelen hacerse desde diversos puntos de vista y no son pocos los problemas que se han ido presentando en las últimas décadas, ni creemos que cesen por el momento las investigaciones al respecto.

Prescindimos del ingente material costumbrista, que incluye desde